HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

Año XI. Madrid 18 de Julio de 1902 Núm. 28.

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid. Fundador: EDUARDO SOJO SE PUBLICA LOS VIERNES

¡A trabajar!

Si yo fuera *quién* para hablar eficazmente en nombre del Estado, dirigiría á cuantos en España ejercen la profesión religiosa un discurso del tenor siguiente:

«Ochenta mil sois, según el cálculo más modesto, entre curas, frailes y monjas; ochenta mil personas que tienen por misión orar día y noche por el bien y la felicidad de todos. Económicamente nada producís. Consumís, eso sí. Algunos de entre vosotros consumen demasiado; el que menos, algo. Quien consume y no produce vive á expensas de los demás. Alguien ha de producir lo que él gasta. Si vosotros, varones, labrarais los campos, ejercitarais la industria y el comercio, cultivarais con fruto las profesiones liberales; si vosotras, hembras, fueséis madres de familia, contribuyendo á aumentar la población, cuidando de vuestro marido y de vuestros hijos, seríais, humanamente hablando, útiles á la sociedad. En vuestra profesión religiosa también podéis ser utilísimos.

¿Cómo? De dos maneras: ó moralizando al pueblo con vuestras exhortaciones y vuestro ejemplo, ó atrayendo sobre él los dones de la divina gracia. Moralizar á una sociedad es prestarle el más grande de los servicios, ya que la moralidad es para el ser colectivo el mejor de los negocios; por eso Inglaterra, tan poco dada al misticismo, retribuye espléndidamente á su Iglesia. Procurar á un país las bendiciones del cielo, sería hacerle el mayor de los bienes. No ya el presupuesto de culto y clero, todo el presupuesto, y aun la fortuna de todos, no bastaría para pagar tamaño beneficio. Pero es el caso que vosotros no moralizáis, puesto que el país en que vivís es uno de los más corrompidos. Es el caso que no atraéis sobre nosotros las mercedes de la gracia, puesto que el país que os mantiene es uno de los más desgraciados. Luego, siempre hablando humanamente, ninguna misión útil cumplís. No ganáis el pan que coméis.

¿Alegaréis que vuestro ministerio tiene una trascendencia ultraterrena, que sólo se percibe del otro lado del sepulcro? Valga ello para los individuos, y allá cada cual aprecie qué sacrificios pecuniarios deba hacer en vista de la salvación de su alma. El Estado nada tiene que ver con la otra vida. Su reino es todo de este mundo. Bien sé que aquí es una afirmación de la retórica oficial la de que el Estado es católico. En la forma es esto un tropo; en el fondo una inocentada. El Estado no puede ser católico ni protestante, ni ortodoxo ni hereje, ni creyente ni ateo, por la sencilla razón de que el Estado es un ser colectivo, y en cierto sentido una abstracción, una entelequia. No va á misa, no confiesa, no comulga. No tiene alma que salvar. Cuando nace no le bautizáis, si muere no le administráis los sacramentos. Fallecido, no celebráis por él sufragios. No os imagináis que en la otra vida vaya al cielo ó que arda en los infiernos. Y es porque el Estado es algo de impersonal, de intangible, de inconcreto, que no vive la vida de los seres reales y substantivos. Llamar católico al Estado es una frase vacía de sentido, es lo que denominaría Spencer un *no pensamiento*.

No me vengáis recordando ahora la historia de los bienes desamortizados y afirmando que lo que el Estado os da es la legítima indemnización que por aquellos bienes os debe. Hay entre la propiedad individual y la colectiva una esencial diferencia. Hembra ó varón, niño ó anciano, sano ó enfermo, loco ó cuerdo, moral ó delincuente, nunca pierde el individuo su derecho de propiedad, porque siempre tiene fines que cumplir, necesidades que satisfacer. Las colectividades dejan de tener derecho á la propiedad cuando no cumplen su misión. La propiedad del ser colectivo está afecta al fin, no á la persona. Tan pronto como dejáis de desempeñar vuestra función social, perdéis todo derecho á los bienes que para su cumplimiento os fueron confiados. ¿Cómo se os ha de deber nada en concepto de indemnización por bienes á cuya posesión no sois acreedores?

Diréis acaso que no es vuestra la culpa si la misión religiosa y moralizadora que os ha sido encomendada resulta estéril y sin fruto. La culpable, según vosotros, es esta sociedad descreída y degenerada, que no pone de su parte lo necesario para que resulte el bien común. «Ayúdate y Dios te ayudará.» «A Dios rogando y con el mazo dando.» No lo discuto. Pero, aun supuesto que la felicidad terrena, única de que aquí se trata, fuese el resultado de una colaboración entre la gracia y el esfuerzo, el hecho es que los españoles no podemos atender á la vez á entrambas cosas. Somos demasiado pobres. La gracia necesita, por lo que decís, intercesores: el esfuerzo, capital. Lo que os damos por rezar, para trabajar nos falta. Con lo que cuesta cada obispo, podría establecerse un banco agrícola. Lo que cobra cada cabildo, bastaría para una granja modelo. Si pagamos rogativas no podemos hacer canales. Tenemos que elegir.

Que la sola eficacia del esfuerzo humano basta para labrar la prosperidad de las naciones, es un hecho manifiesto que no podéis desconocer. No iréis vosotros á afirmar ahora que la gracia divina pueda favorecer á la herejía. Pues sin su auxilio, por la sola virtud de la inteligencia y del trabajo, la Inglaterra herética posee medio mundo; la Alemania luterana se ha trocado en un vasto y poderoso imperio; la Francia, descreída y revolucionaria, es una nación grande y rica, y hasta la Holanda y la Suiza, protestantes, viven en su modestia felices. Si hemos de obtener la justa compensación del sacrificio que nos cuesta mantenernos, es indispensable que por vuestra mediación obtengamos las ventajas que esas naciones deben á su ciencia y á su laboriosidad.

¿Es ello ó no posible? Ni lo afirmo ni lo niego. Nada de ideas preconcebidas. Vosotros defendéis la posibilidad del milagro. Sea. Con verlo basta. Pero no lo vemos. El pueblo sobre el que venís dominando secularmente y sobre el que dominái todavía, es uno de los más desventurados del orbe. No os acuso: consigno el hecho. ¿Es que no rezáis bastante? ¿Es que no lográis que vuestras plegarias sean eficaces? Cualquiera que pueda ser la causa, el efecto os patente. Seréis santos, seréis benditos, seréis perfectos, vuestra conducta será irreprochable, vuestras palabras estarán inspiradas en la más pura sabiduría; pero esta España, por cuya prosperidad eleváis al cielo preces incesantes, sigue siendo, á pesar de ello, la última palabra del credo.

Así, pues, obispos, presbíteros y diáconos, frailes de todas las comunidades y monjas de todas las advocaciones, padres y madres sin hijos y hermanos sin hermanos, cuantos directa ó indirectamente por *fas* ó por *nefas* percibís algo del presupuesto á causa de vuestra profesión religiosa, daos por notificados: si en el improrrogable plazo de seis meses no habéis logrado convertir al pueblo español de pobre en rico, de enfermo en sano, de ignorante en culto, de débil en fuerte, de holgazán en laborioso, de sucio en limpio, de indiferente en previsor, de descuidado en cuidadoso, os limpiamos el comedero. Esto no puede seguir así. O á rezar bien ó á trabajar de firme. A servir para algo.

Y transcurrido el plazo de seis meses sin haberse realizado la portentosa transformación, lo haría lo mismo que lo digo.»

ALFREDO CALDERÓN

Versos acanallados.

¡Voto á Satanás, que esto no es vivir!
No tengo paciencia, ¡voto á Satanás!
—¡Y todos los días lo mismo se anuncian!
¡y todos los días lo mismo se van!

—

¡Voto á Satanás! ¿Será preferible,
ya que este es el mundo, callarse y andar?
¿Será preferible taparnos los ojos
y dejar las cosas lo mismo que están?

—

¿Verdad, pordioseros, que es sueño de locos
pensar que la tierra se puede arreglar?
¡Voto á la miseria, tendedme los brazos
y vivamos juntos en el mismo hogar!

—

Hagamos la vida, sin ver que vivimos;
sin ningún empeño, sin ningún afán;
en brazos del viento, como van las hojas;
como van los peces, en brazos del mar.

—

De todas las gentes con quien he tratado,
canalla del mundo, nadie más leal,
nadie más sincero me fué que vosotros;
vosotos sois bestias y no lo ocultáis.

—

¡Quién como vosotros! ¡Las manos callosas,
los ojos hundidos, las almas en paz,
coméis y bebéis pan negro y mal vino,
coméis sin medida, bebéis y arrojáis!

—

Y sabed que todos son como vosotros—
Si el llano es de tierra la cumbre es igual;
pero aquí, en el llano, las flores son rojas
y tienen un tinte más pálido allá

—

Canalla del mundo, carne de las cárceles,
hijos de bando, muertos de Hospital:
Sois el noble encueros, el sabio sin frases,
el rey sin armiños ¡vivid y triunfad!

—

¡Voto á lo más noble, yo os canto con gusto!
¡De un barro carnoso quisiera forjar
vuestra embrutecida figura de osos,
y á reyes y príncipes hacerla adorar!

—

¡Que no se den aires de ser superiores,
si, como vosotros, hundidos están!—
Una misma nota, con diversos tonos,
ofrece á los dioses la gama social.

—

La estupidez misma lo obscurece todo:
por todas las partes suenan sin cesar
risas de ignorancia, que el rubor suscitan
sobre el rostro púdico del blanco Ideal.

—

El mundo está lleno de grupos de feria
que un olor de aceite derramando van
sobre el aire limpio de los campos verdes,
y los vendedores no callan jamás.

—

Los pianos rotos chillan, destrozando
las notas de una agria canción popular...
y en los barracones, donde venden vino
y, hasta emborracharse la canalla está;
bajo el humo espeso de las negras pipas,
se abrazan los jóvenes, rompiendo á bailar.

E. MARQUINA

Alrededor del crimen.

Acompañada de la Guardia civil ha hecho su entrada triunfal en la corte la popularísima *planchadora* - ¡qué chiste más lúgubre! — Cecilia Aznar.

Bajaron á la estación á recibirla todo el 14º tercio de la Guardia civil, toda la policía judicial y gubernativa de Madrid y todo el cuerpo llamado de seguridad y vigilancia.

¡Gran recepción!

Así se recibe á los reyes y á los altos personajes.

La música «corrió á cargo» de varios distinguidos organilleros.

—

Cecilia está ya convicta y confesa de su crimen. ¿Por qué mató al Sr. Pastor? Seamos indiscretos, es decir, seamos sinceros. Porque este buen hombre—hablamos del Sr. Pastor, conste así—dió en la extraña manía—¡oh, los extravíos del deseo! —de confundir á Cecilia con su antiguo criado Henry.

Cecilia, según los forenses que la han reconocido, tiene la complexión y la fuerza muscular de un hombre. Se comprende, pues, que el señor Pastor se equivocara. Pero se comprende también que Cecilia protestase de la equivocación de su amo, é intentase defender el poco «honor» que le quedaba...

—

Poquito á poquito, la gran prensa va empujando hacia el patíbulo á esa desdichada Cecilia. Todos van contra ella, hasta que consigan perderla.

Y sin embargo, Cecilia no debe ser la única víctima de esta tragedia. ¿Se trata de exigir responsabilidades á todos los que han intervenido en este crimen?

¡Pues ya le ha caído que hacer á la justicia!

Cecilia mató y robó; pero ¿y los que tratan de matarla en nombre de eso que llaman la vindicta pública? ¿Y los que la han robado, aprovechándose de su crimen?

Ese Garreta y ese Iglesias, ese joyero de Barcelona que la vende alhajas por valor de cuatro mil y pico de pesetas, que bien tasadas no valen ni dos mil, y esos chulos hambrones de Puigcerdá...

Según cálculos del Juzgado, Cecilia robó al Sr. Pastor—al buen Sr. Pastor—unas diez y siete mil pesetas. Y al llegar á Madrid, no le quedaban á la malaventurada más que tres mil y pico. Y esos bandidos, explotadores del crimen, gozarán de la impunidad de su delito. Porque *han sabido robar*.

—

Cecilia, influída por las Hermanas de la Caridad que prestan servicio en la Cárcel de Mujeres, ha pedido un confesor para que la absuelva de su delito

¡Por Dios, que no la lleven al padre Ramón de los escolapios de Barcelona, no vaya á tener el mismo fin que el pobre Sr. Pastor!

—

¿Quién se llevará el premio, los treinta dineros por la captura de Cecilia?

Nosotros opinamos que debe declararse desierto el «concurso».

Y decimos con *El Nacional*:

«... Entiendo perfectamente aplicable en este caso y á los que hacen cínica ostentación de su codicia, la justa sentencia del inmortal personaje de *La vida es sueño*, respecto á la traición pasada...

Los delatores, después de la delación, tampoco son muy necesarios.»

—

El director de la Cárcel de Mujeres, hombre de exquisito gusto literario, le ha dado á leer á Cecilia, para que se distraiga y se instruya, el libro del padre Coloma, *Juan Miserias*.

Hombre, ¿y por qué no los *Ideales*, de Grilo?

TIPOS

DON LUIS

¿Ustedes no conocen á D. Luis? Pues es un devoto como todos los devotos españoles; es decir: el conjunto de todos los vicios sin mezcla de virtud alguna.

Fué muy penosa la mocedad de nuestro don Luis, pues su madre era una pobre mujer tan llena de orgullo, devociones y parientes nobles, como falta de dinero y de sentido común.

Así es que nuestro héroe, guapo hasta la exageración, fino hasta... ¡Jesús, pero qué fino era Luisito!; se veía y se deseaba para comprarse los perfumes: ante todo y sobre todo, él adoraba los perfumes; para poder salir de frac y corbata blanca todas las noches, y presentarse así en alguna tertulia aristocrática, y para ejercer la caridad, porque antes se hubiera él pasado la vida sin comer que sin ejercer la caridad. ¡Qué corazón tan caritativo el de Luis!

Los soldados, esos pobres hijos del pueblo arrancados del regazo de sus madres para entrar en el duro ejercicio de la milicia, he aquí lo que llenaba de compasión al aristócrata sin dinero. Pero como más hace el que *quiere* que el que *puede*, Luis se privaba de un frasco de opoponax, cercenaba sus gastos de tocador, y á costa de toda clase de sacrificios, era una verdadera Providencia, una amorosa madre para los soldados. Con lágrimas de ternura en los ojos, con lágrimas de ternura le vimos mil veces todos sus conocidos, acompañando por la montaña del Príncipe Pío, Cuesta de la Vega y por el Retiro, ora al gastador de Ingenieros, ora al sargento de Caballería; ya al humilde asistente, ya al corneta barbilampiño. El los enseñaba á escribir, los inducía á la práctica de todas las virtudes, les aconsejaba que frecuentasen los Santos Sacramentos y aun los cuidaba en sus enfermedades, yendo *amorosamente* para esto al Hospital militar.

Es cierto que, como de desagradecidos está el mundo lleno, frecuentemente sucedió que los más cariñosamente asistidos, los con más larga mano favorecidos, se volvieran contra su bienhechor, llegando á darle caza por las calles de Madrid con siniestros fines, y ¡aun espanto causa el referirlo! sentándole las costuras muy pesadamente.

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

DON QUIJOTE

La futura escuadra.

El Crimen de la calle de Fuencarral.

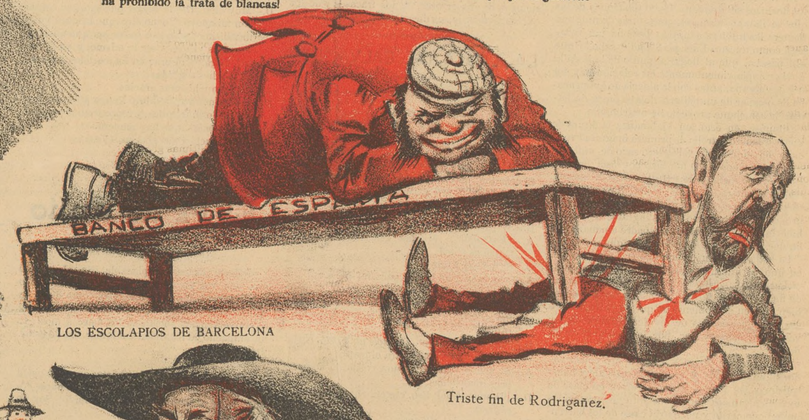
Romero, López Domínguez y Tetuán.—¡Caramba no podemos reconcentrarnos porque el gobierno ha prohibido la trata de blancas!

LOS NUESTROS

Ramón del Valle Inclán

CANALEJAS EN SAN SEBASTIAN

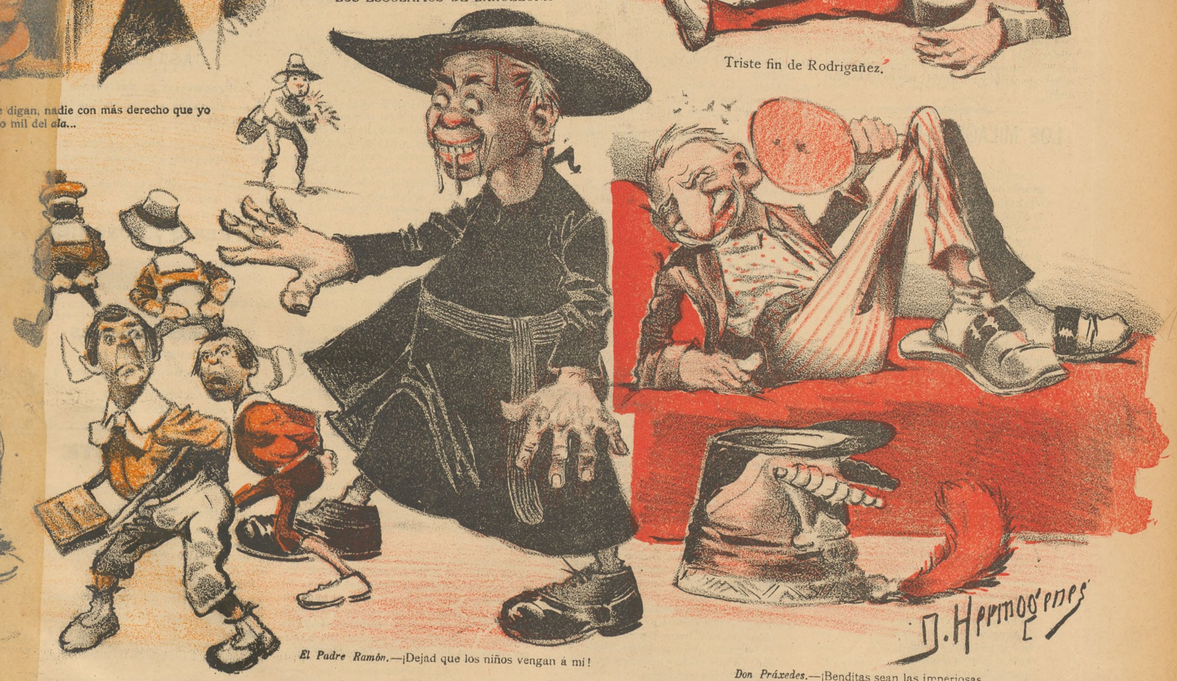
No enseñes en la playa
la pantorrilla,
que hay muchos tiburones
junto á la orilla.



LOS ESCOLAPIOS DE BARCELONA

Triste fin de Rodrigañez.

La Cecilia.—Digan lo que digan, nadie con más derecho que yo al premio de las cinco mil del *ala*...



El Padre Ramón.—¡Dejad que los niños vengan á mí!

Don Práxedes.—¡Benditas sean las imperiosas vacaciones del estío!

D. Hermógenes

Ayuntamiento de Madrid

En el pecado llevaban la penitencia. Luis abandonó la milicia y dejó desbordar su caridad en la humilde clase de los barrenderos.

Santa Isabel lavando á los leprosos, San Juan de Dios ó don Miguel de Mañara conduciendo en sus mismos brazos los enfermos al Hospital, no manifestaron la ternura, el afecto verdaderamente de hermana de la Caridad que nuestro Luis mostró á los pobres barrenderos. Fué tanto, que las lenguas mundanas, que todo lo perdonan menos el ejercicio de las virtudes, se cebaron en la vida inmaculada de Luis, y tanto se movieron y tan buena maña se dieron, que el apóstol de los barrenderos, viendo que hasta el saludo le negaban las gentes, tuvo que dejar, por lo menos á la faz del mundo, los piadosos ejercicios y cariñosos cuidados á que venía dedicándose entre las clases más menesterosas de la corte de España. Contentóse, por entonces, con la puntual asistencia á funciones religiosas, comuniones extáticas, humildísimas confesiones y otros actos de la más acendrada piedad, sin que esto impidiera su asistencia á las tertulias y reuniones, donde sus ojos rasgados, su cutis transparente, su rosado color, sus blancas manos y su dulcísimo decir pudieran inflamar el corazón de alguna rica heredera que asegurará el porvenir de quien tan dudoso y tan comprometido lo veía.

No fué uno sólo el corazón femenil que de tantos hechizos se prendara. Hubo relaciones de las que se llaman formales, pues otras de ninguna manera las hubiera admitido persona tan recatada como nuestro Luis; pero nadie sabe lo que allí pasaba, que al llegar al punto de la boda la novia rompía violentamente las relaciones, y sin tristeza alguna, antes con la alegría de quien acaba de escapar de un peligro, dejaba hasta de hablar de semejante proyecto de matrimonio.

Dibujóse, en esto, en lontananza la figura de una verdadera estrella de primera magnitud en el cielo del dinero: un verdadero saco de millones con faldas y corsé. «O me caso con ésta se dijo Luis,—ó me meto fraile.» Hubo sustos de muerte. Que si se entera la familia de ella, que si no se entera; que han escrito un anónimo á mi futuro suegro; que me sigue uno de los ingratos á quienes hice favores; que mi mismo padre amenaza con hablar... ¡Que angustias, Dios mío, que angustias!

La boda se efectuó, y nuestro D. Luis se erigió en uno de nuestros más clásicos y más conspicuos conservadores. Tiene muchísimo dinero; no da nada á nadie, porque piensa, y acaso piense bien, que en el momento en que haga limosnas ó remedie necesidades de los demás, deja de ser verdadero conservador, por lo menos de su dinero.

Para concluir, diremos que nuestro conservador sigue teniendo el cutis transparente y blanquísimas las manos y que le sirve en clase de ayuda de cámara uno de sus antiguos protegidos en la benemérita y necesaria clase de los barrenderos.

LOS MILAGROS DE LA FE

Cierto lugar de Castilla
guarda en humilde capilla
con santa veneración,
la efigie tosca y sencilla
de su glorioso patrón.
Ma: aunque pobre parece,
de milagrosa merece
fama aun en climas remotos,
y lo dicen los exvotos
que su camarín ofrece.
No hay prodigio que no obre:
hace que al punto recobre
vista el ciego, el mudo habla,
al náufrago da una tabla
y riquezas al que es pobre.
¡Cuánta y cuánta solterona
debió al santo, según creo,
la inverosímil corona
(dada su horrible persona)
del suspirado himeneo!
Mas llegaron por azar
al susodicho lugar
los sabios de una academia,
y dijeron, ¡oh, blasfemia!,
¡oh, sacrilegio sin par!,
que cesara fervor tanto
y tan grande devoción
á la escultura de canto,
porque era el supuesto Santo...
¡¡¡una estatua de Nerón!!!
Mas con chasco tan sensible,
aún muestran los aldeanos
su piedad tan extinguible
al perseguidor terrible
de los primeros cristianos.
Aquellas almas sencillas
aún se postran de rodillas
ante el déspota sañudo
que de Santo con escudo
sigue obrando maravillas.
Por donde—y de veras hablo—
bien claramente se ve,
que aunque á piadoso retablo
con disfraz se suba el diablo,
hará milagros la fe.

ALFONSO MORENO ESPINOSA

HOY COMO AYER...

Mientras el duque de Tetuán pasa revista á sus adeptos y el general López Domínguez reparte circulares, el jefe de la situación se recrea considerando que ni los esfuerzos de uno ni la concentración de todos sus adversarios pueden hacerle perder una sola pulgada de terreno.

Lo mismo está dispuesto á avanzar de frente que de flanco, por la derecha que por la izquierda, y practica como nadie el sabio principio de cuando pasan rábanos, comprarlos.

Ahora pasan las derivaciones hacia la extrema izquierda y allá va él...

La política veraniega se ha iniciado con manifestaciones más ó menos explícitas de los aspirantes á jefes de situación, pero todos adolecen de falta de autoridad y sobra de pretensiones.

Y por no tener con quien luchar, seguirán los partidos históricos recorriendo á turno la órbita gubernamental, atrofiando con su letal influencia las energías de este país infortunado, víctima siempre de los errores, de los fracasos y de los exclusivismos de sus directores públicos.

LA TABLA DE SALVACION

Pasillo cómico en un acto, muy teatral.

Despacho del director artístico (?) de un teatro de de los llamados del género chico. - Puertas al foro y laterales, todas practicables (!). — Mesas, butacas, un armario, un casillero, etc. etc.

ESCENA UNICA

El director, echado en una butaca fumando un gran veguero *con faja*.—Un autor entra tímidamente.

A.—¿Se puede?

D.—Sí, pase usted.

A.—*(Entrando.)* ¡Muchas gracias! Yo venía... Quizá es usted...

D.—Sí, yo soy Atúnez.

A.—¡Oh, qué gran honor para mí hallarme delante del famoso autor de *¡Magras!, El amor de la Churra, Escupir por el colmillo* y otras maravillas de la literatura teatral contemporánea!

D.—¡Gracias, hombre! *(Dándole un pitillo.)* ¿Usted también trabaja para el teatro?

A.—Sí, señor... He hecho una cosita de costumbres madrileñas.

D.—¡Choque usted! Eso, eso es lo que da gloria y *charpes*.

A.—*(Asombrado) ¡Charpes!*

D.—¡Dinero, hombre, dinero!

A.—¡Ah, ya! Confieso mi ignorancia.. No lo sabía...

D.—Pues es preciso saber todo esto... ¿Tampoco sabrá usted qué cosa es *un parlo*?

A.—No, no señor.

D.—¿Ni un *lega*?

A.—Nada. Lego, completamente lego en eso; pero le juro á usted que lo aprenderé á las mil maravilas. Veré á Menéndez Pelayo.

D.—¡Mal camino! Eso se aprende con el *roce*. Es cuestión de roce con la gente del género chico. Sabrá usted jugar al *mús*, ¿verdad?

A.—No... Unicamente me *tira* un poco el *treinta y cuarenta*.

D.—Pues, hijo, sin *mús* y sin *tute arrastrao*, no podrá usted adquirir la desenvoltura que se necesita para esto. Mire usted, yo no transijo más que con esos dos juegos, un poquito de *brisca* y algunos pases de *golfo*.

A.—¡Ah! Pues si se necesita saber de todo eso, lo sabré.

D.—Y ¿cómo se llama la obra?

A.—*La tabla de salvación*. Es un sainete con grandes atrevimientos. Figúrese usted que hay un marido, que tiene una carpintería, que es por lo que viene *eso* de la tabla en el título, que consiente que su mujer se la pegue con otro. Pero la mujer tiene además otro amante.

D.—¡Ele! ¡Las mujeres castizas!

A.—Sí, señor. Tiene otro amante que es hijo de un vigilante de consumos muy gracioso, que es... vamos... un poco *sodomita*, si se dice así.

D.—Justo; pero en la comedia no empleará usted esa palabra.

A.—¡Ca!, en la comedia lo digo más claro, le llamo... *(Diciéndole una palabra al oído.)*

D.—Muy bien. Es preciso acostumbrar al público á ciertas crudezas.

A.—También opino lo mismo.

D.—Y ese papel le *caerá* muy bien á *Chúfez*, un chico que va á hacer carrera en esos tipos. Por supuesto que esta obra va á hacerse mucho, porque ya hay bastantes cómicos con aptitudes para ese género.

A.—Pues pensando en eso lo he hecho. Además las tiples salen muy bien vestidas... con Mantones de Manila y flores en la cabeza. El séptimo cuadro es en la Bombilla.

D.—Habrá piano de manubrio.

A.—Sí, señor. Y baile. Y navajazos. Y una alusión política de mucha fuerza; un cuarteto de novillos de desecho de tienta y cerrado, persiguiendo al duque de Veraguas. He puesto esto que, la verdad sea dicha, nada tiene que ver con el sainete, por alegrar algo las situaciones, que en la última parte flaquean mucho.

D.—Pues me parece una obra magnífica.

A.—Sí, yo creo que resultará mucho, porque también salen unos negros del Mogol á cantar tangos á favor de los *boers*.

D.—¿Y tiene mucho decorado?

A.—No, porque el séptimo cuadro da lo mismo que sea en la Bombilla que en las Ventas, y los demás son iguales: decoración de calle, y caso de no haberla, nos arreglaríamos con *una selva*.

D.—Perfectamente.

A.—Además, en el último cuadro hay un efecto que será el éxito grandioso de la obra: la tiple baila un tango muy voluptuoso, que llamamos el tango de la percha.

D.—¿Sí, eh? Será cosa ingeniosa.

A.—Sí, señor. Todo consiste en que haga bien el molinete, porque hay mucho molinete, y como el público *entre* en el molinete, va á haber una escandalosa ovación.

D.—Muy bien. Desde luego puede usted contar con mi apoyo. Yo no diré que la obra guste muchísimo; pero casi todas las que nosotros hacemos vienen á ser lo mismo, y ya ve usted, llegan á figurar en los carteles doscientas noches seguidas

A.—Pues muchísimas gracias.

D.—No las merece, hombre. Venga por aquí dentro de dos ó tres días, y repartiremos papeles. Y á trabajar, que hay madera.

A.—¡Ah! Muchísimas gracias. *(Vase.)*

D.—¡Adiós!

TELON

El 14 de Julio

(FRAGMENTOS DE CARTAS)

«Señora: ¡Es usted implacable! ¡No mirarme ni una sola vez en toda la noche! ¿Qué le hecho yo?... ¡Ah!, sí, lo comprendo todo, como dicen en las comedias; el miedo al qué dirán, el respeto á las conveniencias sociales... Va usted á morir de un empacho de legalidad cualquier día de éstos. ¡Ingratísima!»

—

«Gracias por el ramo de violetas que dejó usted caer la otra noche al pasar á mi lado. ¡Pobres flores! ¡Ya no existen! ¡Me las he comido! ¡Soy un *espiritualista* atroz!»

—

«Balzac ha dicho: (Advierto á usted, para que no forme mal concepto de mí creyéndome un erudito, que este pensamiento lo he leído en una hoja de mi almanaque de pared.) Balzac ha dicho: «Ser coqueta es prometerse á varios hombres y no pertenecer á ninguno.» Hago mía la definición y la firmo. (Procedimiento cómodo que me ha enseñado un literato amigo mío, el cual, para evitarse el trabajo de pensar, *coincide* con todo aquel... que se descuida).»

—

«¿Conque está usted enfadada conmigo? ¡Pero si yo no la he llamado coqueta... ni mucho menos! ¡Líbreme Dios de cometer tamaña injusticia! Y la culpa de su enfado la tiene ese señor de Balzac. Ya me lo temía yo: ¡si no se puede ser erudito sin desbarrar!

Pido á usted perdón por mi impertinencia. Perdón una y mil veces. De rodillas. Y le beso los pies (¡así fuera verdad!) humildemente. Y se los vuelvo á besar. Y reincido por tercera vez. Y por cuarta. Y por quinta.

¿Perdonado? Pues allá va otro beso en señal de agradecimiento.»

—

«¡Dios mío, pero qué requetemonísima estaba usted anoche con su carita de enfado. *Le van* á usted muy bien esos arrebatos de mal humor, fingidos con tanto talento.

Y yo, dale que le dale, toda la noche hablando mal de Balzac, para desagraviarla. Hasta que conseguí que se sonriera usted. ¡Y entonces sí que me pareció usted archibonita!»

—

«¿Que sea más prudente? ¡Cielo santo!, ¿más todavía?—Mira, el amor no puede ocultarse. Mis ojos, aun en contra de mi voluntad, han de decirte siempre que te adoro.—Ayer, al saludarte de lejos en el paseo, oí á dos señoras que decían: «¡Esos dos sí que parecen enamorados!» Y, sin embargo, yo creía haberte saludado con la misma corrección que si fueras la reina regente!»

—

«Te juro que nadie se enterará. Escucha mi programa: Sales de tu casa temprano, vestida sencillamente, como si fueras á misa (no se te olvide llevar el devocionario), tomas un coche, y ya sabes: Ferraz, 22.

¡Te juro que nadie se enterará!»

—

«Toda la mañana aguardándote, y tú, sin venir. No me quieres. Digo que no me quieres. Estoy desesperado. Estoy furioso. ¡Qué razón tenía Balzac!»

—

«No me convencen tus palabras. Piensas demasiado para quererme bien. Hay que ser alguna vez juguete de las pasiones si se desea ser feliz.

El amor no razona, ¡y tú razonas demasiado! Si me quieres, obedece á tu corazón y no á tu cerebro.

¿Te vuelvo á esperar mañana?

Insisto en que no se te olvide el libro de oraciones ni el rosario.—Hay que guardar las apariencias.»

—

«Ni siquiera se ha dignado usted contestar á mi última carta. ¡Qué elocuente su silencio!—Quedo enterado, señora.

¿Conque todo ha concluído entre los dos? ¡Triste fin el de nuestros amores! Ya le decía yo á usted que íbamos á morir, si Dios no lo remediaba, de un empacho de legalidad. - Un modo de morir, señora, bastante ridículo.

Y, sin embargo, yo continúo queriéndola á usted, y todas las mañanas me levanto con la esperanza de recibir su visita. Hoy sí, hoy viene de fijo, me digo. Y pasan las horas y las horas, y usted, ¡ingrata!, sin acudir á la cita.

No tengo valor para decirla á usted ¡adiós!, y sigo esperando (qué tonto soy, ¿verdad?), esperando, esperando...

¿Hasta mañana? ¿Vendrá usted? ¿Vendrás?»

—

«Efemérides, 14 de Julio: Toma de la Bastilla.

¿Ves cómo no te ha visto nadie entrar en casa? ¿Qué persona que se estima, no siendo un enamorado, va á salir á la calle á las ocho de la mañana? ¡Te adoro cada vez más!»

MIGUEL SAWA

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

¡Bendigamos á Dios, creador de la Naturaleza, y creador sabio del riquísimo *Anis del Mono*!

De la Epístola de San Pablo á los Gentiles: «¡Hermanos míos en Jesucristo, descargad vuestra conciencia de pecados y aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos; Sevilla, 43.*»

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

IMPRESOS ECONÓMICOS

Material moderno. Precios reducidos. 10.000 prospectos, 12 pesetas; 100 tarjetas, desde 0,75 pesetas. Especialidad en orlas modernistas é inglesas litográficas. Aduana, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.

Ayuntamiento de Madrid